

CAPÍTULO 4

TREINTA Y SEIS DEMOCRACIAS

El recordatorio de este libro es una comparación sistemática de los treinta y seis países (con poblaciones de al menos un cuarto de millón) que eran democráticos a mediados del año 1996 y que han sido continuamente democráticos desde 1977 o antes. Se analiza cada democracia desde sus primeras elecciones democráticas a partir de 1945 hasta el 30 de junio de 1996; el lapso de las treinta y seis democracias varía, por lo tanto, entre cincuenta y un años (1945-1996) y diecinueve años (1977-1996). En este capítulo explico los criterios de selección de las treinta y seis democracias y del mínimo de diecinueve años de experiencia democrática. También discuto las principales características sociales y económicas que supuestamente han influido en los diferentes tipos de democracia y los resultados democráticos de los treinta y seis países.

Definiciones de democracia

A pesar de que los politólogos han discrepado acerca de los detalles para definir y medir la democracia (Beetham, 1994; Inkeles, 1991), los ocho criterios que propone Robert A. Dahl (1971, 3) en su libro seminal *Poliarquía* reciben aún gran apoyo: 1) el derecho de voto; 2) el derecho a ser elegido; 3) el derecho de los líderes políticos a competir para conseguir apoyo y votos; 4) elecciones libres y justas; 5) libertad de asociación; 6) libertad de expresión; 7) fuentes alternativas de información, y 8) instituciones para hacer que las políticas públicas dependan de los votos y otras expresiones de preferencia. Estos requisitos ya están implícitos en la sencilla definición que Lincoln hizo de democracia como el gobierno del pueblo (o de los representantes del pueblo) y para el pueblo. Por ejemplo, «del pueblo» implica el sufragio universal, la elegibilidad para ocupar un cargo público y las elecciones

libres y justas; y las elecciones no pueden ser libres y justas a menos que exista libertad de expresión y de asociación tanto antes de las elecciones como en el período de tiempo que separa unas de otras. De igual modo, «para el pueblo» implica el octavo criterio de Dahl sobre la dependencia del gobierno de las preferencias de los votantes. Sin embargo, es útil explicar los criterios específicos con el particular objetivo de decidir qué países se consideran democracias y cuáles no.

La democracia, según la definición de Dahl, es un fenómeno del siglo xx, y Göran Therborn (1977, 11-17) atribuye a Australia y a Nueva Zelanda el establecimiento de los primeros auténticos sistemas de gobierno democráticos durante la primera década de dicho siglo xx. Nueva Zelanda se lleva mayor mérito por haber sido el primer país en adoptar un verdadero sufragio universal en el lejano 1893, es decir, el derecho de voto para hombres y mujeres y para la minoría maorí. Sin embargo, las mujeres no pudieron optar a ocupar cargos públicos hasta 1902 y los aborígenes australianos, una minoría francamente pequeña que comprendía cerca del 2 % de la población total, no pudo ejercer su derecho de voto en unas elecciones federales hasta 1962 (Unión Interparlamentaria, 1995, 193).

La tabla 4.1 presenta una lista de los países considerados democráticos en 1996 y que lo han sido durante no menos de diecinueve años. Son los treinta y seis países analizados en este libro, clasificados según la década y el primer año en el que se inicia el análisis de cada país. Con el fin de decidir qué países pueden considerarse democracias me he basado en gran parte, siguiendo el ejemplo de muchos otros investigadores, en los índices que la Freedom House ha elaborado para todos los países del mundo desde 1972 (Gastil, 1989, 50-61). En los estudios realizados por la Freedom House, los países se hallan clasificados en libres, parcialmente libres o no libres, y esta clasificación se basa en dos grupos de criterios similares a los propuestos por Dahl: derechos políticos —como el derecho a participar en elecciones libres y competitivas— y libertades civiles —como la libertad de expresión y de asociación—. De ahí que los países llamados «libres» puedan ser considerados también como países democráticos.

Existen cuatro casos fronterizos: India, Papúa-Nueva Guinea, Colombia y Venezuela. Según el juicio del equipo de investigación de la Freedom House (1996), basado fundamentalmente en el incremento de los niveles de violencia política y de corrupción en estos países, a principios de los noventa, los cuatro pasaban de «libres» a «parcialmente libres». En el caso de la India, este juicio es probablemente demasiado severo, dado el gran tamaño de este país y el hecho de que la mayor parte de la violencia se ha concentrado en la periferia del mismo. Sin embargo, no existen demasiadas dudas acerca del funcio-

TABLA 4.1. *Las treinta y seis democracias de este estudio, clasificadas según la década y el primer año del período analizado (hasta mediados de 1996)*

Década	Primer año analizado	Democracias
1940	1945	Austria, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Luxemburgo, Noruega, Reino Unido
		Australia, Bélgica, Islandia, Italia, Japón, Países Bajos, Nueva Zelanda, Estados Unidos
	1946	Suiza
		Irlanda, Suecia
		Alemania, Israel
1950	1947	Costa Rica
	1948	Colombia, Francia, Venezuela
	1949	Trinidad y Tobago
1960	1961	Jamaica
	1962	Botswana
	1965	Barbados, Malta
	1966	
1970	1972	Bahamas
	1974	Grecia
	1976	Mauricio, Portugal
	1977	España, India, Papúa-Nueva Guinea

namiento poco satisfactorio de la democracia en los cuatro países durante los últimos años. Otro estudio de los sistemas políticos mundiales realizado en 1994 y que utiliza una escala de diez puntos con el 10 como puntuación máxima, sitúa a los cuatro países por debajo de esta cifra, puntuación que sí recibe todo el grupo de países relacionados en la tabla 4.1. Por otra parte, los cuatro casos fronterizos siguen ostentando unas puntuaciones relativamente altas y no son los únicos en situarse por debajo del 10. Colombia recibe una puntuación de 9, al igual que Israel y España; la India, Papúa-Nueva Guinea y Venezuela reciben un 8, igualándose a Francia y Trinidad y Tobago (Jagers y Gurr, 1995). Con los datos compilados por Mark J. Gasiorowski (1996, 480-481), que reflejan los cambios experimentados por los regímenes políticos a lo largo de 1992, se considera que los cuatro países han conservado un régimen democrático hasta finales de 1992.

A finales de los ochenta, Larry Diamond (1989, 1) calificó a la India como «el caso más importante y sorprendente de persistencia democrática del mundo en fase de desarrollo» y constató que Papúa-Nueva Guinea había «manifestado un sistema democrático marcadamente vibrante y resistente». Sus resultados democráticos se deterioraron en los noventa; sin embargo, en mi opinión, no lo suficiente como para justificar el hecho de no poderlos considerar países demo-

cráticos. Es también preferible pecar por exceso de inclusión, pues que la India es la democracia más poblada del mundo y estos cuatro países hacen que el grupo de democracias que este libro analiza sea mucho más interesante y diverso debido a que la India y Papúa-Nueva Guinea son los países menos desarrollados de los treinta y seis y están entre las sociedades más divididas étnicamente. De los treinta y seis países, Colombia y Venezuela son dos de las sólo cinco democracias presidencialistas y las únicas democracias sudamericanas. (En el informe de Freedom House de 1998, la India, Venezuela y Papúa Nueva Guinea han sido readmitidos como países «libres».)¹

Asimismo, soy bastante indulgente en relación a otros países que aparecen en la lista de democracias de larga duración de la tabla 4.1 a pesar de la ausencia de un sufragio plenamente universal, el requisito democrático más fundamental. En la Suiza anterior a 1971, las mujeres todavía no podían ejercer su derecho al voto. Tal como se ha apuntado anteriormente, los aborígenes australianos no obtuvieron su derecho al voto hasta 1962. Por otra parte, a pesar del discurso inaugural pronunciado por el presidente Bill Clinton en 1993, asegurando que Estados Unidos es «la democracia más antigua del mundo» (*New York Times*, 21 de enero de 1993, A11), el sufragio universal no se estableció de forma clara en Estados Unidos hasta la aprobación de la Ley de Derechos de Voto de 1965. El principio de sufragio universal también se violó en el Reino Unido, Francia, Países Bajos y Bélgica durante sus épocas coloniales, por los Poderes Aliados mientras ocupaban Alemania y Japón, y por Israel a partir de 1967, debido al control que éste ejercía sobre los territorios ocupados.² Puesto que nuestro análisis se concentra en el período posterior a 1945, tales problemas se minimizan, ya que los imperios coloniales fueron disueltos y las mujeres consiguieron por fin el derecho al sufragio en Bélgica, Francia e Italia.

Normalmente, los análisis comparativos de la democracia excluyen a los Estados más pequeños y menos poblados. El punto de corte tiende a oscilar entre poblaciones de un millón a un cuarto de millón de habitantes. Yo he optado también en esto por la inclusión seleccionando el punto de corte más bajo.

Existen dos razones que justifican la condición por la que los paí-

1. Este libro no ha sido ideado para contribuir al debate académico sobre la viabilidad de los regímenes parlamentarios frente a los presidenciales (véase Linz y Valenzuela, 1994; Power y Gasiorowski, 1997). Sin embargo, resulta significativo que únicamente existan cinco sistemas presidenciales entre las treinta y seis democracias de larga duración a partir de 1996 y que dos de ellas sean democracias fronterizas.

2. El dominio de países o áreas conquistados tras una guerra es la violación menos grave del modelo de sufragio universal, puesto que ese dominio es sólo temporal. Sin embargo, cuanto más largo es el período de dominio, mayor es el dilema que se le plantea a la democracia.

ses deben no sólo ser democráticos, sino serlo por un cierto período. La razón primordial es la seguridad de que las democracias que están siendo objeto de estudio no son entidades efímeras sino sistemas democráticos razonablemente estables y consolidados. La segunda razón es de procedimiento: para estudiar, por ejemplo, los resultados de las elecciones, los tipos de gabinetes que suelen formarse y la duración de estos gabinetes en un determinado país, necesitamos disponer de algo más que una o pocas elecciones y gabinetes. De forma algo arbitraria, mi primera selección incluía a aquellos países que habían disfrutado de un mínimo de veinte años de gobierno democrático, aunque finalmente he ampliado ligeramente este criterio con el fin de poder incluir a España, la India y Papúa-Nueva Guinea.

La tabla 4.1 refleja el primer año del período analizado para cada una de las treinta y seis democracias. Generalmente, este año coincide con el de las primeras elecciones democráticas desde 1945 o desde el momento de conseguir la independencia. En los países en los que la democracia se interrumpió durante el período de posguerra —Francia en 1958, Grecia de 1967 a 1974, la India de 1975 a 1977 y Venezuela de 1948 a 1958—, el restablecimiento de la democracia viene marcado por el año en que se volvieron a celebrar elecciones. En los países que alcanzaron su independencia a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta, el primer año del período analizado coincide con el año de celebración de las elecciones más cercanas a la declaración de independencia, que en tres casos resultan ser las elecciones del año antes de la independencia (Trinidad y Tobago, Botswana y Bahamas).³ La única excepción la constituye Mauricio que, a pesar de las elecciones democráticas celebradas en 1967 —un año antes de alcanzar su independencia formal (1968)—, no tuvo democracia durante varios años a principios de los setenta: se declaró un estado de emergencia de 1971 a 1976, los líderes de la oposición fueron encarcelados, se prohibieron los sindicatos de trabajadores, y las elecciones de 1972 se pospusieron hasta 1976 (Bowman, 1991, 73-74; Bräutigam, 1997, 50). Así, las elecciones de 1976 marcan la restauración de la democracia, con lo que Mauricio queda incluida en el análisis a partir de 1976.

El requisito de un mínimo de diecinueve años de experiencia democrática implica necesariamente la omisión del análisis de unas cuantas democracias. Afortunadamente, tal como muestra la tabla 4.2, este número no es muy elevado. La tabla relaciona los veinticinco países que el equipo de investigación de la Freedom House (1996) juzgó

3. Trinidad y Tobago —a las que, en aras de la brevedad, llamaré de ahora en adelante simplemente «Trinidad»— y Jamaica alcanzaron la independencia en 1962, Malta en 1964, Barbados y Botswana en 1966, Mauricio en 1968, Bahamas en 1973 y Papúa-Nueva Guinea en 1975.

TABLA 4.2. Las veinticinco democracias restantes (con poblaciones superiores a los 250.000 habitantes), en enero de 1996, clasificadas según la década y el año de democratización

Década	Año de democratización	Democracias
1970	1978	Islas Salomón
	1980	Ecuador
	1981	Chipre
	1984	Argentina
	1985	Uruguay
1980	1988	Corea
	1990	Chile, República Checa, Hungría, Namibia, Polonia
	1991	Benín, Bulgaria, Cabo Verde, Lituania, Mongolia, Eslovenia
	1993	Estonia, Guyana
	1994	Letonia, Malawi, Panamá, Eslovaquia, Sudáfrica
1990	1995	Mali

FUENTE: basada en la información del equipo de investigación de la Freedom House (1996) y en los primeros volúmenes del estudio anual de *Freedom in the World*.

democráticos en enero de 1996, indicando el año a partir del cual tuvo lugar la continuidad de la democracia hasta 1996. Acortando el espacio de tiempo escogido de diecinueve a diez años, únicamente se habría conseguido incluir cinco países más: las islas Salomón, Ecuador, Chipre (la parte griega de la isla), Argentina y Uruguay. Además, la veinticinco democracias más recientes son, por lo general, países más pequeños; ningún país cuenta con una población superior a los cincuenta millones, y sólo las poblaciones de Corea y de Sudáfrica sobrepasan los cuarenta. De la población total combinada de las sesenta y una democracias —más de dos mil millones de personas— las treinta y seis democracias más antiguas contienen más del 87 %.

Treinta y seis democracias diversas

Nuestro conjunto de treinta y seis democracias incluye a representantes de cada una de las tres olas de democratización que Samuel

P. Huntington identifica (1991, 13-26). Aplicando la definición poco rigurosa de sufragio «universal» —el derecho al voto para un mínimo del 50 % de los varones adultos—,⁵ Huntington observa una larga primera ola iniciada en el lejano 1828 y que se extiende hasta 1926, una corta segunda ola de 1943 a 1962, y una tercera ola que empieza en 1974. Entre las tres olas de democratización tuvieron lugar dos olas inversas en las que la democracia fracasó en muchos países. Varios de los países que experimentaron olas inversas participaron en más de una ola democratizadora. De entre nuestras treinta y seis democracias, Grecia constituye el único caso de un país que ha estado presente en las tres olas democratizadoras y en las dos olas inversas. Todos los países que en la tabla 4.1 aparecen como países con una democracia interrumpida desde los años cuarenta, excepto Israel, ya formaban parte de la primera de las tres olas de Huntington y cerca de la mitad de ellos se encontraban también en la segunda ola, en particular aquellos en los que la democracia fracasó durante la primera ola inversa —como Alemania e Italia— o se interrumpió tras la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial.

Los países que, según la tabla 4.1, son democráticos desde los años cincuenta y sesenta pertenecen a la segunda ola, alcanzando estos últimos la democratización una vez desaparecido el sistema colonial. Huntington designa a 1962 como el año en el que la segunda ola llegó a su fin; no obstante, Botswana, Barbados, Malta e incluso Bahamas (que no llegó a la independencia hasta 1973) deberían ser incluidas en la segunda ola. El fin de la dictadura portuguesa en 1974 inició la tercera ola, abarcando también las otras democracias del grupo de la década de los setenta (a excepción de las Bahamas) y que continuaron a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa, en especial en América Latina y Europa oriental (tabla 4.2).

Las veinte democracias que han mantenido esta condición de forma ininterrumpida desde los años cuarenta (o años anteriores) constituyen un grupo bastante homogéneo en diversos aspectos clave, aunque no en su grado de pluralismo. Todas ellas son económicamente avanzadas, industrializadas y urbanizadas; con la excepción de Japón, todas pertenecen al mundo judeocristiano occidental; y la mayoría se concentra geográficamente en el área del Atlántico norte. Sin embargo, la inclusión de las democracias de segunda y tercera olas añade mucha diversidad. En la tabla 4.3 se hace hincapié en tres importantes diferencias: el grado de pluralismo de las treinta y seis democracias, sus niveles de desarrollo socioeconómico y el tamaño de sus poblaciones.

4. Si excluimos a la India con su enorme población cercana a los mil millones de habitantes, el porcentaje de la población combinada de las treinta y cinco democracias más antiguas restantes sigue siendo superior al 77 %.

5. Huntington (1991, 14) reconoce que incluye a sistemas democráticos y «semidemocráticos».

La primera diferencia radica en el grado de división societal. Por lo general, esta variable se operacionaliza como el número y los tamaños relativos de los grupos étnicos en diferentes países (Ordeshook y Shvetsova, 1994; Amorim Neto y Cox, 1997). Esta medida de grupos étnicos incluye un elemento de división societal importante, por lo que, *ceteris paribus*, un país formado por tres grupos étnicos de igual tamaño está menos dividido que uno con cuatro grupos también iguales, y un país con dos grupos étnicos que comprenden el 90 y el 10 % de la población está menos dividido que uno con dos grupos del 50 % cada uno. Otra ventaja es la exactitud con que puede cuantificarse

La desventaja es que desestima importantes aspectos de división. En primer lugar, las divisiones étnicas no son las únicas diferencias relevantes; principalmente las divisiones religiosas, tales como las existentes entre hindúes, musulmanes y sijes en la India, pueden resultar tan o incluso más importantes. En segundo lugar, la medida establecida podría, en principio, ajustarse con el fin de incluir las diferencias tanto religiosas como étnicas, pero aun así se dejarían de lado divisiones importantes *entre* grupos religiosos, como las diferencias entre católicos practicantes y católicos poco o nada practicantes, y la separación entre las fuerzas a favor de la institución eclesiástica y las anticlericales, que tanto ha condicionado las políticas de Francia, Italia y Colombia a lo largo de la historia.

En tercer lugar, no toma en consideración el grado de profundidad alcanzado por estas divisiones. Resulta engañoso, por ejemplo, equiparar la división entre protestantes y católicos en Irlanda del Norte con la de Suiza, Alemania y los Países Bajos o las divisiones étnicas en las que la diferenciación lingüística es relativamente poco importante —como las existentes entre galeses e ingleses o entre franceses y holandeses— con las divisiones étnicas que coinciden con muchas divisiones lingüísticas, como sucede en Bélgica, Suiza, India, España y Finlandia. En cuarto lugar, no indica hasta qué punto los grupos étnicos, religiosos y posiblemente otros se diferencian desde el punto de vista organizativo. A lo largo de la historia, Austria, Bélgica, Países Bajos e Israel han mostrado un alto grado de organización, puesto que los grupos religiosos e ideológicos se han organizado en subcomunidades más o menos separadas con asociaciones políticas, socioeconómicas, culturales, educativas y recreativas propias.

La triple clasificación en sociedades plurales, semiplurales y no plurales de la tabla 4.3 tiene en cuenta todas estas consideraciones.

6. La medida utilizada por Ordeshook y Shvetsova (1994) y Amorim Neto y Cox (1997) es la del número efectivo de grupos étnicos⁶, que es conceptualmente similar al número efectivo de partidos que presento y explico en el capítulo 5.

TABLA 4.3. *Tamaños de población (en miles) y niveles de desarrollo de treinta y seis democracias, clasificados por su pluralismo*

<i>Sociedades plurales</i>	Población 1995 (miles)	Índice de desarrollo humano 1994
India	929.358	0,446
España	39.199	0,934
Canadá	29.606	0,960
Bélgica	10.146	0,932
Suiza	7.039	0,932
Israel	5.521	0,913
Papúa-Nueva Guinea	4.302	0,525
Tinidad	1.287	0,880
Mauricio	1.128	0,831
<i>Sociedades semiplurales</i>		
Estados Unidos	263.119	0,942
Alemania	81.869	0,924
Francia	58.060	0,946
Italia	57.204	0,921
Colombia	36.813	0,848
Países Bajos	15.460	0,940
Austria	8.054	0,932
Finnlandia	5.110	0,940
Luxemburgo	410	0,899
<i>Sociedades no plurales</i>		
Japón	125.213	0,940
Reino Unido	58.533	0,931
Venezuela	21.671	0,861
Australia	18.054	0,931
Grecia	10.467	0,923
Portugal	9.927	0,890
Suecia	8.830	0,936
Dinamarca	5.220	0,927
Noruega	4.354	0,943
Nueva Zelanda	3.601	0,937
Irlanda	3.586	0,929
Costa Rica	3.399	0,889
Jamaica	2.522	0,736
Botswana	1.450	0,673
Malta	372	0,887
Bahamas	276	0,894
Islandia	268	0,942
Barbados	266	0,907

FUENTE: basada en los datos recogidos en World Bank (1997), pp. 16-17, y United Nations Development Programme (1997), pp. 146-148.

Naturalmente, se trata de una medida más subjetiva y más aproximativa que la exclusivamente basada en el número y los tamaños de los grupos étnicos, aunque resulta también una medida más válida y significativa. Hay que hacer todavía tres comentarios más acerca de esta triple clasificación. En primer lugar, exceptuando una, todas las sociedades son países lingüísticamente divididos. La India, con más de una docena de lenguas reconocidas oficialmente, es un caso extremo. Papúa-Nueva Guinea se encuentra si cabe más lingüísticamente fragmentada. La población de Mauricio consta de alrededor de dos tercios de descendencia india y un tercio de descendencia africana, con la primera convertida en un microcosmos de las divisiones lingüísticas religiosas de la India. Israel es una sociedad plural no sólo por la división existente entre ciudadanos judíos y árabes sino incluso más como resultado de la marcada escisión entre judíos religiosos y seculares. El único caso excepcional lo constituye Trinidad que, a pesar de tener una lengua común, «una división generalizada y fundamental [...] domina la sociedad de Trinidad: la sección criolla de color frente a la sección india» (Premdas, 1993, 100).

En segundo lugar, pese a que la triple clasificación refleja la situación a mediados de la década de los noventa, ésta no habría resultado muy diferente de haberse basado en un período de tiempo mucho más largo. Las únicas excepciones serían Austria, Países Bajos y Luxemburgo, que aquí están clasificados como países con sociedades semiplurales y que en los primeros veinte años de posguerra se hubieran clasificado como plurales, cuando las diferencias entre los segmentos religiosos e ideológicos eran mayores desde el punto de vista de su organización. En tercer lugar, es importante distinguir «no plural» de «homogéneo». La mayor parte de las sociedades no plurales encuentran, al menos hasta cierto punto, divididas en base a su religión y la mayoría de ellas constan de como mínimo una o más pequeñas minorías. Algunos ejemplos que ya han sido referidos anteriormente son las minorías étnicas del Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda. Otro ejemplo lo constituye Botswana, donde, a pesar de ser menudo considerada como el Estado más homogéneo de África, existe una minoría étnica significativa, los kalanga, y el grupo étnico dominante, los tswana, está internamente escindido en ocho tribus.

La tabla 4.3 también indica el nivel de desarrollo socioeconómico de las treinta y seis democracias. Esta variable se ha venido operando, utilizando como Producto Nacional Bruto (PNB) per cápita, aunque hace mucho que se ha reconocido que el PNB per cápita es una medida imperfecta debido a su excesiva sensibilidad a las fluctuaciones de la tasa de cambio y su exageración de la pobreza de las naciones menos desarrolladas. Una considerable mejora consiste en ajustar

PNB per cápita según los niveles de precios de los distintos países, consiguiendo así una paridad del poder adquisitivo (Dogan, 1994, 44-46). Otra gran mejora la constituye el índice de desarrollo humano, diseñado por el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (1997, 44) a principios de los noventa: «Es un índice que se compone a partir de los logros en el campo de las capacidades humanas básicas en tres dimensiones fundamentales: una vida sana y longeva, conocimiento y un nivel de vida decente.» El índice se basa en tres variables, a saber, ingresos, esperanza de vida y nivel educativo. Éste resulta un indicador más riguroso del desarrollo, puesto que considera más factores que las dos medidas anteriores, y ya ha sido ampliamente aceptado entre los científicos sociales (Diamond, 1992, 100-102; Lane y Ersson, 1994a, 214-228; Vanhanen, 1997, 75-79).

En principio, el índice de desarrollo humano puede oscilar entre 1, que representa el valor más alto, y 0, el más bajo. Tal como se muestra en la tabla 4.3, basada en datos de 1994, la mayoría de los países normalmente considerados altamente desarrollados e industrializados se encuentran entre el 0,8 y el 0,9, aunque cuatro naciones tienen índices mucho más bajos. La India tiene el índice más bajo (0,446), seguida en orden ascendente por Papúa-Nueva Guinea, Botswana y Jamaica.

Sin lugar a dudas, la diferencia principal entre los treinta y seis países tiene que ver con el tamaño de sus poblaciones. La tabla 4.3 hace hincapié en estas diferencias presentando una relación en orden descendente según su tamaño de los países incluidos en cada una de las tres categorías con las que se puede determinar el grado de pluralismo. La India es, con una población cercana a los mil millones de habitantes, el país más grande con diferencia. Según las cifras de 1995 proporcionadas por el Banco Mundial, la población de la India era superior a las poblaciones combinadas de los treinta y cinco países restantes. Estas enormes diferencias se ponen de nuevo de manifiesto calculando el incremento semanal de la población de la India a partir de su incremento anual cercano a los dieciocho millones de personas. El resultado es un incremento de 350.000 habitantes *por semana*, más que la población total de tres de las treinta y seis democracias: Bahamas, Barbados e Islandia.

Las variables descritas son significativas en este análisis comparativo, puesto que son susceptibles de influir en la forma de democracia adoptada en distintos países, así como en sus resultados. Por ejemplo, en capítulos anteriores he sugerido que la democracia consensual está especialmente indicada para sociedades plurales, mientras que el federalismo lo está para los países grandes más que para los pequeños. Además, es probable que el nivel de desarrollo tenga un efecto sobre

los resultados macroeconómicos de los gobiernos. Estas relaciones estudian en los capítulos 14 y 15.

Existe únicamente una débil correlación entre las tres variables. Es lógico esperar que los países más grandes muestren mayor heterogeneidad que los más pequeños (Dahl y Tufte, 1973, 13-14). Ciertamente, el tamaño de la población (registrada) y el grado de pluralismo en nuestras treinta y seis democracias se correlacionan positivamente pese a que el coeficiente de correlación es meramente de un 0,26, un dato estadísticamente significativo sólo al nivel del 10 %. Las sociedades plurales tienden a ser menos desarrolladas ($r = -0,24$, significativo al nivel del 10 %), aunque esta relación está impulsada en gran parte por los dos casos de la India y de Papúa-Nueva Guinea. De alguna forma, los países más grandes están menos desarrollados que los más pequeños ($r = -0,10$), a pesar de que la relación es muy débil y estadísticamente no es significativa. Por último, la duración de una experiencia democrática ininterrumpida entre los años 1945 a 1996 (medida por décadas, tal como se indica en la tabla 4.1) mantiene una fuerte correlación con el desarrollo. Así, las democracias más antiguas son también los países más ricos ($r = 0,57$, significativo al nivel del 1 %) aunque no existe una relación significativa con el tamaño de la población o con el grado de pluralismo.

CAPÍTULO 5

SISTEMAS DE PARTIDOS: MODELOS BIPARTIDISTAS Y MULTIPARTIDISTAS

La primera de las diez variables que caracterizan el contraste entre democracia mayoritaria y consensual, presentadas en el capítulo 1, era la diferencia entre los gobiernos de mayoría de un solo partido y las amplias coaliciones multipartidistas. La primera diferencia también puede ser considerada como la más importante y típica diferencia entre los dos modelos de democracia, puesto que compendia el contraste entre concentración y división de poder. Además, el análisis factorial del capítulo 14 muestra que se correlaciona más estrechamente con el «factor» que resume la primera dimensión (ejecutivos-partidos) que cualquiera de las otras cuatro variables que pertenecen a esta dimensión. Así pues, sería lógico dedicar este capítulo, el primero de los nueve que estudiarán las diez variables básicas,¹ a esta primera variable tan característica.

Sin embargo, por razones prácticas, se hace necesario tratar el tema de los sistemas de partidos en primer lugar. La clasificación de los gabinetes —gabinetes de un solo partido frente a gabinetes de coalición multipartidista y gabinetes de mayoría escasa frente a gabinetes de minoría y gabinetes con partidos «innecesarios»— depende en gran parte de cómo se definen los partidos políticos y el número de partidos en los sistemas de partidos. De ahí la necesidad de resolver estos problemas de definición para poder tratar adecuadamente el tema de los tipos de gabinete. De todas formas, vale la pena resaltar que los tipos de sistemas de partidos son también un fuerte componente de la dimensión ejecutivos-partidos. Anticipando una vez más el análisis factorial del capítulo 14, la variable de sistemas de partidos se correla-

1. Dos de las variables, rigidez constitucional y revisión judicial, se tratarán en un solo capítulo (capítulo 12).